

Locura de uno y tarea de todos

JUAN MARÍA MENA HERNÁNDEZ*

Muchos hemos caído en el facilón juego de palabras irritados por la locura asesina de Putin... al menos aliviados temporalmente por el exabrupto de razonable ira.

Con todo, no se puede culpar solo a una persona, ni solo a un pueblo de la compleja coyuntura histórica, aunque pareciera lo más justo y nos exonere de rendir otras cuentas. Demonizar nunca ayudó a encontrar ni la verdad ni caminos de reconciliación. Occidente ha subestimado durante años la amenaza del nacionalismo ruso, ahora en su apogeo belicista; también ha incumplido acuerdos. Ahora se nos hiela la sangre a golpe de telediario, pero todo tiene un origen relativamente fácil de investigar en la historia. La gente noble y sencilla te expresa su perplejidad y dolor ante unas escenas que nos recuerdan a la última gran guerra. La sinrazón del mal, sin embargo, ha movilizadot toneladas de solidaridad en todo el mundo.

Todas las guerras tienen un mismo campo de batalla, tan misterioso como poderoso: el corazón humano, donde contienden los deseos de bien y de paz, con la búsqueda ansiosa del poder, la riqueza, el orgullo y la gloria... La sociedad rusa asiste a otro eclipse de la razón en forma de propaganda política y de falsas noticias que no se atienen a los hechos sino a los intereses del poder.

La mentira y la impostura moral seducen a muchos ciudadanos y condenan al silencio miedoso a otros, aunque una minoría se atreva a arrostrar sanciones por denunciar la manipulación. La cuestión de la búsqueda de la verdad nunca fue simplemente una moda de una filosofía realista ingenua: nos jugamos demasiadas veces mucho a esa carta. Cuando la verdad no importa, se acaba justifi-

* Presbítero diocesano y profesor del ISTIC.

cando lo que debiera avergonzarnos. Para los cristianos y para muchos grandes pensadores, esta cuestión está ineludiblemente ligada a la suerte de las víctimas inocentes y de los que más sufren.

Tal vez el tal Putin sea un ciego, un loco, un alma enferma, que ha querido suggestionarse con sus falsas razones –negarse a ver verdades evidentes ya es ceguera y enfermedad– y ha convertido su razón de Estado en un ominoso patíbulo para tantas vidas ucranianas y rusas. A alguien así no conviene humillarle sino más bien utilizar su debilidad y hacerle creer que ha conseguido alguna victoria para que aparte su garra soberbia y sangrienta y aleje el peligro de una gran guerra.

Dolor y desesperanza, llanto y desolación por esta y otras guerras menos mediáticas, por más que todas las guerras acaben y acaso dejen paso a otras en otros tiempos y lugares, mientras el corazón humano no conozca su verdad y su mentira, deponga el odio y jure la fraternidad, sometiendo al ego voraz que idolatra la nación y el poder. De manera que somos devueltos a lo esencial, lo que han defendido todas las tradiciones espirituales y las mejores filosofías de la historia: hay que sanar el corazón humano, el reto es espiritual, el desafío es cultural y educativo: ser artesanos del diálogo y la reconciliación de los distintos y los distantes, desde el hogar familiar hasta las políticas públicas.

Hacen falta políticos de altas miras, menos preocupados por vender su producto en la próxima cita electoral que en liderar moralmente, en una sociedad necesitada de compasión y de sanación, llamada a reconstruirse desde unos cimientos humanistas y espirituales. Solo así podremos custodiar la esperanza de un mundo mejor en las nuevas generaciones, tan asediadas por muchos horizontes oscuros. Como dijera el papa Francisco a ellos y a todos: no nos dejemos robar la esperanza, creando una cultura del encuentro y la solidaridad que haga impenable la barbarie de la guerra.